

Federico de Onís: Un gigante de la cultura hispánica en la ciudad de los rascacielos, salvador de intelectuales

Antonio López Romero



Federico de Onís Sánchez, hacia 1915.

Tras la Guerra de Cuba y Filipinas con la aplastante victoria norteamericana sobre España, se alzaron voces en las clases intelectuales estadounidenses contra el trato injusto que el Gobierno *Yankee* había dado a nuestro país, recordando el apoyo decisivo de la Corona Española a la independencia de Estados Unidos.

La sociedad civil norteamericana había quedado hipnotizada por la cultura española desde que Washington Irving publicase la *Historia de la vida y viajes de Cristóbal Colón* y *Cuentos de la Alhambra*, en 1828 y 1832, aprovechando su estancia en nuestro país como agregado de la embajada y traductor. Hay que destacar que Irving realizó en 1828 un largo viaje por Andalucía y pasó por varios pueblos alpujarreños, entre ellos Berja y Adra.

Las clases cultas entendieron la importancia de la cultura hispana para ordenar aquella babel de razas y lenguas que llegaban como inmigrantes a la nueva tierra de promisión. Además, vieron una oportunidad de formar a las clases intelectuales y burguesas españolas en las novedades científicas y en el dominio del idioma inglés que se imponía como lengua oficial para las relaciones internacionales y comerciales.

En 1903 la científica norteamericana Mary Louise Foster, licenciada en Química, viajó a España para fundar y dirigir el International Institute for Girls in Spain. Este era un centro que trataba de exportar la idea del acceso de la mujer a la formación universitaria. Las estadounidenses tenían muy claro que si no las admitían en las universidades de hombres crearían sus propias universidades y colegios universitarios. Así lo hicieron y trataron de exportar esta idea a nuestro país.

El desembarco de Foster estuvo propiciado por el apoyo de la Institución Libre de Enseñanza que consiguió la autorización gubernativa para que el proyecto educativo norteamericano tuviese vía libre para instalarse en España. Las profesoras norteamericanas llegadas a Madrid van a reforzar de manera importante los estudios de inglés, la educación física y los laboratorios científicos.

La ILE era uno de los organismos de educación superior más importantes de España, dependiente a su vez de la Junta de Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas. Por una vez, el ministro del ramo decidió, en 1907, poner al frente del nuevo sistema educativo de inspiración krausista liberal, presidiendo la JAE a Santiago Ramón y Cajal, la gloria nacional de la investigación científica.



Carolina Marcial Dorado, (Toledo 1889- Nueva York 1941) pionera del profesorado universitario español en Estados Unidos. Foto Apeda Studio. Nueva York. 1927.

El pensamiento krausista provocó una gran revolución social, ya que, entre sus postulados defendía el derecho a la educación de todos los seres humanos, lo que suponía un respaldo a la integración social de la mujer y su equiparación en derechos con el hombre. Este sistema pedagógico y filosófico, el más avanzado de la época, fue derribando poco a poco la exclusión femenina de la universidad española.

A cambio del apoyo al proyecto Foster, la profesora norteamericana decidió instalar el laboratorio de física y química en la Residencia de Señoritas, equivalente a la Residencia de Estudiantes masculina, piezas ambas del nuevo engranaje educativo. El laboratorio fue el más avanzado existente en España y una solución al problema de

falta de medios para las nuevas generaciones de científicos y científicas en formación para homologar sus prácticas a nivel internacional.

La JAE por su parte desarrolló una gran labor para acabar con el aislamiento científico de España, firmando numerosos acuerdos con universidades extranjeras, para el intercambio de estudiantes universitarios, haciendo posible el perfeccionamiento educativo de varias generaciones de nuevos profesionales.

Uno de esos acuerdos fue firmado, gracias a las buenas relaciones con las autoridades educativas norteamericanas, con la prestigiosa Columbia University de Nueva York, una de las de mayor calidad del mundo, desde su creación en el siglo XVIII. En sus aulas se formaron 96 premios Nobel y varios presidentes de Estados Unidos, incluido Barack Obama.



DOCTOR FEDERICO DE ONÍS
Iniciador del Instituto de las Españas en Nueva York

Retrato de Federico de Onís. Revista *Mundo Gráfico*. 20 de noviembre de 1929, p.19.

Ramón y Cajal sabía que había que meter cabeza en la universidad neoyorkina, aprovechando que el español estaba de moda. Confió esa misión a Federico de Onís Sánchez (Salamanca, 1885-Puerto Rico, 1966), profesor, filólogo, crítico literario e hispanista español. Federico dejó su cátedra de la universidad de Salamanca y se trasladó a Nueva York. En 1916 ya estaba al frente de la cátedra de Lengua y Literatura Española en Columbia. Con el fin de crear una mayor influencia se encargó de la creación del Instituto de las Españas, en 1920, vinculado a la Junta de Ampliación, que servía como centro cultural español, portugués y latinoamericano, completado por el Círculo Español, que estaba instalado en el Barnard College, dentro de la Columbia.

El Instituto de las Españas promovió la enseñanza del castellano y el envío de profesores auxiliares y lectores a las universidades norteamericanas. Esta corriente de cooperación hispano-norteamericana permitió a jóvenes científicos españoles, ampliar sus conocimientos en centros educativos de máximo nivel en Estados Unidos. Además propició la entrada de profesorado español para hacer frente a la creciente demanda de la enseñanza de nuestro idioma en las universidades norteamericanas. Onís era un trabajador infatigable. Logró crear un lobby universitario hispano en Estados Unidos

como nunca existió. Realizó un enorme trabajo de difusión del Instituto, con la colaboración del profesorado iberoamericano, de ahí de los "las Españas" en las que contó con figuras de la literatura hispanoamericana como fue el caso de Gabriela Mistral.



Imagen aérea de la Universidad de Columbia en 1926. Archivo CU.

Otros de sus íntimos colaboradores para la difusión de la literatura española fueron el poeta onubense Juan Ramón Jiménez y su mujer la escritora y traductora Zenobia Camprubí. Onís realizó una gran promoción de la obra del poeta de Moguer, lo que influyó en la concesión del premio Nobel de Literatura en 1956. Jiménez al igual que Onís residió en diversas ciudades de Estados Unidos y Puerto Rico hasta su muerte.

Sin embargo, ese no sería su principal logro. A Federico no le tembló el pulso cuando llegó el momento de la Guerra Civil y propició un auténtico rescate de intelectuales españoles que salvaron su vida y pudieron vivir dignamente.

Onís ayudó a sus antiguos compañeros del Centro de Estudios Históricos de Madrid, a encontrar empleo temporal en Estados Unidos. Gracias a él pasaron o se quedaron en Estados Unidos, figuras de la talla de Ramón Menéndez Pidal, Américo Castro, Tomás Navarro Tomás, Homero Seris y José Fernández Montesinos entre otros.

Para ello se preparó a conciencia concentrando mucho poder, influencia y respeto. Además de director del Departamento de Español de la Universidad de Columbia, y del Instituto de las Españas era el responsable del Spanish Bureau del Institute of International Education, miembro de la poderosa Asociación Norteamericana de Profesores de Español, fundador del Departamento de Estudios Hispánicos de la Universidad de Puerto Rico, inspirador de las Instituciones Culturales de Nueva York y

de Puerto Rico, organismos todos ellos en los que había participado para su creación o en los que disfrutaba de una autoridad indiscutible.

Gracias a su amistad con el presidente de la Columbia University, Nicholas Murray, pudo ofrecer trabajo a personajes brillantes de las letras españolas como es el caso de su antiguo jefe Menéndez Pidal. También rescató a otros eminentes intelectuales como el rondeño Fernando de los Ríos y Salvador de Madariaga. Secundado por otro profesor español, Ángel del Río, recurrió también a su condición de director del Instituto de las Españas para ofrecer a sus camaradas conferencias, muy bien pagadas en la época, con las que solucionar sus apuros económicos.



Federico García Lorca, Zenobia Camprubí, Isabel García Lorca, Emilia Llanos, Juan Ramón Jiménez y Concha García Lorca. Granada, 1924. Fundación FGL.

Onís movió su influencia en su papel de colaborador del Institute of International Education, gracias a sus estrechas relaciones con su director, Stephen Duggan. A través de ese organismo pudo acceder a las autoridades de las numerosas universidades norteamericanas para solicitar puestos de profesor visitante, con una remuneración más prolongada que las conferencias o, en el mejor de los casos, para obtener un contrato permanente.

Onís empezó sus gestiones en favor de los profesores españoles refugiados casi desde el mismo momento del inicio de la Guerra Civil. Su actividad también removió conciencias entre destacados miembros de la sociedad civil estadounidense que activó una corriente de solidaridad cuando se hicieron públicas las primeras informaciones e imágenes sobre la situación de hambre, frío y miseria completa por la que estaban pasando numerosas personalidades españolas recluidas en los campos de concentración del sur de Francia, huyendo de la represión del bando vencedor. Y, especialmente, con la impresión que causó la noticia de la muerte de Antonio Machado en Colliure.

El gesto más solidario de Onís fue salvar la vida de una generación de españoles brillantes que tenían cada cual sus preferencias políticas, pero que estaban hermanados en una situación común: un conflicto armado en el que no creían y que solo provocaba la paralización de sus profesiones e investigaciones. Los intelectuales no son hombres de acción violenta. En la Guerra se sienten atrapados. Su conciencia no les permite empuñar un arma y matar a sus semejantes.

Onís invitó a su amigo y tocayo Federico García Lorca, que entre 1929 y 1930 visitó la Columbia y residió en Nueva York, acompañado de Fernando de Los Ríos. Lorca estuvo tentado a quedarse, pero la gran metrópolis no era para él. Quién se imaginaba en 1930 el horror que comenzaría seis años después



García Lorca con Antonieta Rivas y otras dos personas en la Universidad de Columbia. Foto: Emilio Amero. 1929.